

NUESTROS CAMPESINOS

EN AMÉRICA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN TRIESTE)

Aire y luz

5

NUESTROS CAMPESINOS

EN AMÉRICA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN TRIESTE)

Entre los catorce Estados de la República Argentina hay uno llamado de Santa Fé, que recibe la mayor parte de la emigración campesina de Italia, y que tiene una forma muy semejante á la de nuestro país: la forma de una bota inmensa que apoya el pie sobre el Estado de Buenos Aires, y vuelve la caña hacia las vastas florestas mal co-

nocidas del Gran Chaco, habitadas por indios salvajes.

Este Estado de Santa Fé, regado al oriente por el enorme río Paraná, limitado á poniente por el Estado de Córdoba, con una longitud máxima igual á la distancia que hay de Milán á Nápoles, y con una anchura equivalente á la que media entre Milán y Venecia, tiene una capital gubernativa, Santa Fé, ciudad vieja y decadente, y una capital comercial, Rosario, joven y floreciente á la cual acuden por el gran río, barcos de todas partes del mundo. No existe en toda su superficie ni un monte, ni una colina: es una sola llanura vastísima, inclinada hacia el mar tan ligeramente que las aguas se detienen en ella y penetran profundamente en la tierra, adquiriendo por esto una fertilidad maravillosa.

Esta amplia provincia, la cual hace cincuenta años era un desierto, abierto á las correrías de los indios, que avanzaban hasta pocas millas de la capital, encierra hoy

día las colonias más florecientes de la América del Sur; en primavera, es un infinito campo verde que corta el cielo todo alrededor con una línea pura y rígida; en verano, un océano de doradas mieses, donde la mirada no abarca los confines. Precisamente aquí, el centro del Estado, es donde se recoje el mayor número de nuestros campesinos; que forman como una pequeña Italia, puesta en las fronteras de la barbarie, sobre la orilla de aquel río fabuloso, que un italiano remontó el primero hará ahora cuatro siglos. Me esforzaré por haceros vivir en esta pequeña Italia americana una hora con el pensamiento, contándoos todo lo que ví en ella de más notable y de más hermoso en los pocos días inolvidables que pasé allí.

*

No me detengo á pintar la naturaleza del país, porque no tiene otra hermosura que la inmensidad de su horizonte. Hay sólo

una cosa digna de notarse: un bosque encantador que se extiende entre Santa Fé y la Colonia-Esperanza, todo él de *paraísos* y *espinillos*, y grandes *ombú*—el árbol nacional de la Argentina—de amplia y graciosa cabellera: ó mejor que un bosque, un parque enorme, lleno de *palomitos de la virgen*, admirables pajarillos, blancos completamente, con la punta de la cola negrísima, y de cardenales que se posan á cinco y á diez juntos sobre los arbustos delgados, como flores rojas vivientes, y huyen de repente, amedrentados del vuelo de un águila ó del pisotear de una piara de caballos. Y al descubrir el país me adelanto á describir las colonias menores—designadas muchas de ellas con nombres italianos: Garibaldi, Cavour, Nueva Turín, Bella Italia;—colonias que atravesé con un amigo piamontés rápidamente—para llegar á detenerme en la colonia de San Carlos, que es la mayor que poseen mis paisanos.

Y he aquí de qué modo llegamos á ella.

Fué nuestra llegada uno de los episodios más inesperados y más agradables de nuestro viaje, y yo lo cuento ahora porque vale más que el mejor discurso para dar una primera idea del espíritu y de los usos de aquellas colonias.

*

Hacia varios días que recorríamos aquella llanura sin fin, acompañados de un señor argentino, fundador de varias colonias, y venían detrás de nosotros en calesa, dos campesinos piamonteses, que se nos habían unido en la colonia del Pilar, diciéndome: —Donde V. vaya iremos también nosotros, hasta el día que se embarque en el Paraná. —Era un día de Abril, ó sea de otoño, por la tarde. Varias veces habíamos perdido el camino; la colonia de San Carlos estaba todavía lejos; los caballos se caían de cansancio; no hubiéramos podido llegar sino entrada ya la noche, y esto nos contrariaba.

Porque es muy triste viajar de noche por aquella llanura sin fin y solitaria, poco diversa en su aspecto, á aquella hora y en aquella estación, de la pampa selvática. El sol tocaba ya en el horizonte. Hacía mucho tiempo, horas, que no habíamos encontrado á nadie, no se veía una casa por ninguna parte. Nuestros dos coches eran como dos barcas perdidas sobre la superficie de un mar muerto, y aquel andar lento y silencioso, sobre aquel infinito tapiz de yerba, nos había hecho callar hacía tiempo, cuando nuestro amigo argentino, mirando al horizonte, vió una nube de polvo, y apuntando el anteojo, dijo estas palabras, que nos sacudieron los nervios:—Me parece ver una bandera.—Quien podía ser? Dentro de la nube de polvo vimos una mancha negra, luego dos, luego varias: parecía una fila de carros. Fustigamos los caballos.—Señores—exclamó el argentino:—Es la bandera del país de ustedes!—En pocos minutos nos encontramos á diez pasos del primer carro,

que se detuvo—nos detuvimos nosotros—y todo el convoy hizo alto. Eran diez *volantas*, carros de campo largos, de cuatro ruedas, ligeros y pintados de vivos colores, tirados cada uno por dos caballos, adornados de flecos rojos y de ramas: el primer carro con la bandera; los diez llenos de colonos italianos, campesinos, obreros, comerciantes, artífices, la mayor parte piamonteses. Todos saltaron á tierra y corrieron á nuestro encuentro, gritando:—San Carlos! Donde está nuestro *compatriota*?—Ah, que les importaba á ellos que el compatriota fuese un pobre personaje, indigno de aquella gran cortesía: era un hijo de su gran madre lejana, á la cual los hijos del país, los argentinos, habían hecho cortesía, y aquella cortesía iba dirigida á ellos, que se sentían orgullosos por ello y se lo agradecían.

Su *compatriota* se lanzó del coche diciendo *gracias* en su corazón; y no hubo necesidad de que él hablase: ellos comprendían bien que toda su alma rebosaba simpatía y

gratitud por ellos, bravos y buenos hermanos, que á cinco mil millas de distancia le hacían sentir el aliento y las caricias de la patria.

—V. está en su casa!—dijo el que parecía cabeza de la comitiva.—A San Carlos!—gritaron los demás y todos subieron sobre las volantas. Sonaron las fustas, los caballos se lanzaron al galope, se alzó un coro de voces alegres y de risas,—devorábamos el camino—y parecía trasformado el mundo á mis ojos.

*

Nadie hablaba en el primer momento en el coche donde yo me había subido, rodeado de cinco ó seis labradores, todos vestidos de día de fiesta y muy afeitados. Refan, se restregaban las manos, como diciendo:—Ahora si que vamos á estar alegres.—Luego comenzaron á hablar de uno á otro carro en piamontés y en lombardo dándose reci-

procamente instrucciones para que no se rompiera la fila y entrar en buen orden en la colonia. Mis compañeros de carruaje me golpeaban con las manos sobre las rodillas con amable familiaridad, diciéndome:—Ahora no está V. en América; está V. en su país, en el Piamonte; más bien, en familia.—Ya verá V. la colonia de San Carlos. Allí somos todos *patriotas*, millares de piamonteses, la más hermosa colonia de Santa Fé. Mañana le llevaremos á la salida de la misa mayor.—Millares de piamonteses; en las sesiones del Concejo, se habla piamontés; los alemanes, los ingleses, los franceses que tienen negocios con la colonia, es preciso que aprendan el dialecto, y lo aprenden.—Todavía, sin embargo, me faltaba que ver mucho más. Volaban los caballos; en pocos minutos llegamos á la colonia del Sauce, donde viven varias familias de indios. Los carros se detuvieron.—Oiga V.—me dijo el que iba á mi derecha; y volviéndose hacia una vieja india, envuelta en una

capa de cien colores, con una cara rara de color de tierra, con los ojos oblicuos y fijos y una sonrisa de bruja:—Creen Vds. que tendremos lluvia, *cina?* le preguntó. La india le contestó en piemontés: *mai pi, mai pil* (jamás).—Lo ve V.—me dijo triunfante mi vecino—hasta los indios!—Y todavía no había vuelto de mi asombro, cuando todo el convoy se había lanzado de nuevo á la carrera á través de la campiña desierta, más ruidoso y más alegre que antes. Al caer la noche llegamos á San Carlos, en las casas brillaban las luces, las familias estaban á las puertas, los chiquillos gritaban:—*A son sil! A son sil!* (ya están aquí).—Los carros hicieron una doble vuelta rapidísima alrededor de la plaza, en medio de los saludos de amigos y conocidos, y luego se pararon delante de una casita, donde una buena mujer de Alessandria y su marido colono me ofrecieron hospitalidad con estas cinco queridísimas é impagables palabras que hacía mucho tiempo que no oía:—*Cerea,*

monsù: ca vena avanti (hola, señor, pase V. adelante).

Allá entraron todos, y se entabló una calurosa conversación animadísima de muchas horas, durante la cual me hicieron todos á una voz la historia de la colonia, que algunos de los presentes habían visto nacer, hacía cerca de treinta años. Era en esa fecha, nada más que una vasta llanura inculta, recorrida por manadas de búfalos y de caballos salvajes. Los comienzos fueron difíciles. Los asaltos de los indios y siete invasiones de insectos, en siete años sucesivos, pusieron á los colonos en trances muy duros. Pero el trabajo infatigable, la audacia desesperada y la feracidad grande de la tierra acabaron por vencer. Ahora es una de las colonias más prósperas del país, rica en hermosos edificios y en molinos, riquísima en máquinas agrícolas, habitada por un gran número de familias que

en pocos años han subido de la pobreza á la holgura. En los primeros tiempos surgieron entre ellos discordias religiosas que fueron causa de que se fundaran tres pueblos inmediatos, en uno de los cuales se recogieron los indiferentes, en otro los protestantes, en el tercero los católicos. Habíamos llegado á este.

Muy nuevo es para un europeo el aspecto de aquellos pueblecillos ó *plazas*, como las llaman, que son el corazón de la colonia, el cuartel general de aquella población invisible, difundida á grandes distancias, como un cuerpo de ejército diseminado en un gran número de pequeñísimos destacamentos. No es propiamente ni un pueblo, ni una ciudad: nosotros no tenemos nada semejante. Es el trazado de una ciudad grande, ó como una página de apuntes; con palabras y frases aquí y allá, separadas por grandes lagunas. Una única plaza rectangular vastísima, circundada de casitas encarnadas y blancas, sólo de un piso, por entre

las cuales se abren las bocacalles de grandes vías que no existen;—casas de aldea, calles de metrópoli;—un lujo de espacio verdaderamente regio;—una sencillez primitiva de formas y de colores—luz á torrentes—y el aire de la llanura inmensa: un no sé qué de juvenil y de valiente que habla de libertad y de esperanza. Allí está la casa de Ayuntamiento—el juez de paz—el médico; allí se halla la escuela, á la cual van los muchachos á caballo; pocas tiendas y una iglesia modesta donde van los colonos los domingos, desde grandes distancias, *en volanta*. Los días de fiesta hay gran concurrencia por la mañana y un poco de ruido hasta la noche; todos los demás días una paz de convento y el silencio profundo de la campiña.

Habían tenido mucha razón al decirme:—Es preciso que vea V. la mañana del domingo.

A la mañana siguiente, á la hora de la misa, mis nuevos amigos me llevaron por una calle flanqueada de chopos y eucalip-tus, que va desde el pueblecillo católico á los otros dos. Me iban diciendo, ya verá cómo le ha de causar *un cierto efecto*. Y así fué, apenas nos pusimos en camino, buen soleado por un tibio sol de otoño, vimos que bajaban á la carrera carros y más carros, á cinco y á diez en fila, cargados de gente: familias enteras, abuelas, viejos, muchachas, madres con los niños en brazos, nidadas de chiquillos; cada veinte pasos campesinos montados á caballo y también mujeres, plantadas á horcajadas en sus sillas; todos vestidos de fiesta, casi todos piamonteses. Les reconocía en los trajes. Llevaban sus chaquetas de terciopelo negro, sus amplios sombreros oscuros, los pañuelos á la cabeza, las cofias, aquellas vueltas de los collares, aquellos colores; pero sobre todo sus caras y sus actitudes; eran nuestros labriegos, nuestras madres, nuestras

hilanderas; eran los quintos del Cananese y de Monferrato; era el Piamonte vivo y genuino que salía á nuestro encuentro, bajo aquel hermoso cielo de América, entre aquellas dos fajas de terreno labrado como una huerta, que semejaba á nuestra campiña. Oh querida y hermosa visión! Mi imaginación engañada buscó por un momento en el horizonte las pirámides blancas de los Alpes; mil recuerdos de la infancia y de la adolescencia inundaron en tropel mi alma; y creí que había pasado de un vuelo el Atlántico, como en sueños, y que todo de un extremo á otro debiera trasformarse y desaparecer. Y no acababan nunca de pasar. La fila de los carros manchaba con una línea negra el camino hasta donde alcanzaba la vista. Cada *volanta* nueva que pasaba era para nosotros un nuevo placer, un soplo de aire del Monviso que acariciaba nuestra frente, una nota amorosa de la voz de la patria que nos revolvía la sangre en el corazón.—Es una satisfacción, no es

verdad?—me dijo uno de los colonos, mirándome fijamente á la cara.—Más es preciso que no perdamos la salida de misa.—Y para no perderla nos volvimos atrás. Todo alrededor de la plaza había centenares de *volantas* y á un lado, una larga fila de caballos ensillados con las cinchas tricolores. La iglesia estaba llena de bote en bote; muchos campesinos se habían quedado á oír la misa fuera de la puerta, de rodillas y en pie, con el sombrero contra el pecho.—Esperemos aquí—me dijeron los compañeros.—Ahora verá V. Apenas salgan, todos vendrán á pedir noticias del país. ¡Tenga paciencia: pobre gentel Les dará un rato muy agradable.

Al poco rato comenzó la salida, apretada y lenta. Ví de cerca todas aquellas caras, aquellos pañuelos, aquellos collares, un tropel de muchachos y de chiquillas que se

llamaban por su nombre entre la multitud por los diminutivos y adulteraciones usuales de los nombres piamonteses; y reconocía el acento de los de Pinerolo y de Alessandria, de los valles del Po y del Dova, puras todavía como en la patria. Algunos, á quienes iban llamando mis compañeros, comenzaron á acercarse, y en pocos momentos tuve en torno una multitud. No hubo necesidad de preguntar á nadie. Todos me dijeron unos tras otros de qué país eran.—Y cómo van las cosas *del otro lado*?—me preguntaron muchos.—¿Qué noticias nos trae?—Algunos me pidieron noticias de sus padres, como si viniendo yo de Italia debiera naturalmente conocerlos y haberlos visto. Otros se quedaban sorprendidos y se refan de satisfacción entre ellos, al oírme decir el nombre de un viejo alcalde ó de un antiguo secretario de ayuntamiento de su pueblo. Luego me dirigían mil extrañas preguntas todos á la vez:—Si había venido á comprar tierras—si sabía si

habrían terminado un cierto ramal de tranvía de vapor en su distrito en Italia—si habían ya licenciado la quinta del 1861—si se había muerto un cierto ecónomo de un pueblecillo.—Pero, decidme vosotros ahora—les interrumpí—como os encontráis aquí en América? Fué una confusión de respuestas curiosísima: hablaban en alta voz veinte lo menos á la vez. Quién se quejó del vino, quién de los abogados, quién de los acaparadores del grano, quién del ferrocarril de las colonias que nunca se llegaba á hacer. (Ahora ya está hecho este ferrocarril). Poco á poco íbamos adquiriendo confianza. Un colono me pidió consejo respecto á cierto pleito. Una campesina del Fioul me preguntó si quería llevar una carta suya para un hermano carabiniero.—Ha hecho muy bien en venirnos á ver—decían, dándome palmaditas en la espalda y cogiéndome un brazo.—Venga un momento á beber un vaso en nuestras barracas. Quédese una temporada aquí con nosotros para ver esta tierra!—Y

mientras los más próximos hablaban, los más alejados, inmóviles, alargaban la cabeza para oír, y tenían los ojos fijos en mí con una cierta expresión de estupor, como si la presencia de aquel conciudadano que acababa de llegar de la patria despertara en ellos recuerdos, pensamientos nuevos y confusos; como si tuvieran algo en el alma, que hubieran querido pero que no osaban ó no sabían decirme.

Pasé varios días entre ellos, yendo de una en otra casa. Y conocí personajes singulares! Encontré antiguos cazadores de Crimea con la barba blanca, y campesinos que tenían en su cuerpo cicatrices de nuestras batallas de la independencia y heridas de lanzas indias, recibidas en las últimas correrías de las tribus del Gran Chaco. Oí referir autobiografías maravillosas de emigrados que habían tenido que pasar por la

lilera de cien oficios diversos—carniceros, barqueros, coristas, porteros, agricultores;—otros que habían ya corrido azarosas aventuras en el interior del Brasil ó en las repúblicas de la costa del Pacífico;—de otros que habiendo llegado á América miserables y viejos, lograron con valor prodigioso recomenzar la vida, reunir un capital y formar una nueva familia, que se encontraba esparcida de las orillas del río Rojo á las del río Negro. Algunos me hicieron relatos dramáticos de regresos, ó mejor dicho, de hufdas llenas de miserias desde lejanas colonias arrinconadas, viajes de centenares de millas á pie, con las mujeres, con los niños, con los animales, bajo el castigo de lluvias implacables, ó envueltos por aquellos terribles huracanes de la Pampa que soplan por entre los 30 grados de latitud desde el valle del Amazonas hasta los confines de la Patagonia.

Pocos—no poquísimos—habían logrado reunir en diez á quince años propiedades

por valor de ochenta á cien mil pesetas, y tenían sumas respetables en el Banco. Y allí como en otros sitios, me ocurrió esto de notable: encontrar, á saber, entre los que más habían prosperado, no pocos hombres toscos y lentos, de mediana inteligencia y de palabra premiosa, de los cuales no habría hecho especial estimación por su aspecto; y por el contrario, reducidos á muy pobre condición hombres de inteligencia abierta y viva, dotados de varias y felices disposiciones, y animosos y trabajadores también. Y la diferencia derivaba naturalmente de lo siguiente: que los primeros habían trabajado durante quince ó veinte años siempre en el mismo camino, con una sola idea en la cabeza, aferrándose obstinadamente á aquella idea á cada revés que sufrían; mientras que los otros, más confiados en sí mismos, porque se encontraban mejor dotados por la naturaleza, se habían cansado pronto de toda tentativa que no daba buen resultado inmediatamente, y se habían

lanzado con nuevas esperanzas por un nuevo derrotero, para abandonarlo luego ante los primeros obstáculos, por la misma razón que antes lo habían abandonado; de esta suerte se habían quedado siempre en perpetuos principiantes. Porque allí, en aquella tierra que se llama la tierra de las aventuras, también vence casi siempre al ingenio versátil, la voluntad pertinaz.

*

Por lo demás los principios son iguales ó semejantes para casi todos los emigrantes agricultores. El labriego llega allí, ó llamado por la familia ó por amigos ya establecidos, en cuyo caso las mayores dificultades están vencidas para él,—ó llega allá desconocido y á la ventura... Porque no es creíble con cuanto valor se lanzan de un mundo á otro, sin tener la menor idea ni de las distancias, ni de los lugares, confundiendo á Chile con la Argentina y al Uruguay con

Bolivia, buscando amigos y parientes que están á mil millas de la costa, con el único auxilio de una dirección malamente escrita sobre una hoja sobada de papel que guardan en el bolsillo entre las últimas cédulas del padrón europeo!

Llega el campesino á las colonias con muy poco dinero y un envoltorio de ropa, y casi siempre, si cae en una colonia bien dirigida, encuentra compatriotas ó extranjeros que le dan albergue y pan hasta que se haya rehecho del aturdimiento del viaje y encuentre trabajo. Si llega antes de la recolección del grano, encuentra fácilmente trabajo en el acto, y con mayor motivo durante la recolección, cuando se buscan brazos por todas partes. Campa de este modo el primer año, trabajando de jornalero con una compensación suficiente. Al año siguiente, según el número de brazos de que puede disponer su familia, toma una ó más *concesiones* de terreno á *aparcería*, recibiendo del propietario los animales y los instru-

mentos. En dos ó tres años, si vienen buenos años, puede separar para comprar primero los utensilios y el ganado, y luego un pedazo de terreno para cultivarlo por cuenta propia. Toma este terreno á plazos; si la fortuna le ayuda, lo va pagando poco á poco; y más tarde lo va acreciendo con adquisiciones nuevas; y una vez logradas estas, va dando los primeros á aparcería á las nuevas gentes que llegan, como hicieron con él: y así sucesivamente. De este modo proceden la mayor parte. Y lo que facilita tal proceso es el precio moderado y la fecundidad juvenil del terreno, limpio de piedras y abierto al sol por todas partes, el mínimo gravámen de los impuestos, el menor cuidado que requieren los animales, que viven en libertad;—y el impulso nuevo y gallardo de actividad que sienten aun las naturalezas más perezosas al encontrarse allí en un continente desconocido para comenzar una lucha nueva por la existencia, ante mil ejemplos de rápida fortuna, en medio de

una sociedad impaciente de conquistadores, en una vasta libertad de espacio y de vida que recuerda la infancia del mundo.

He dicho: los ejemplos de rápida fortuna. Y debe ser en efecto viva, á juzgar por la que yo tuve, la impresión que producen en los que acaban de llegar, los colonos que han hecho fortuna. Yo no reconocía ya en ellos á los campesinos piamonteses. Es una transformación que causa estupor. Los trajes, los semblantes eran sí aquellos todavía; pero todo lo demás había cambiado. Las mismas caras tenían un no sé qué de más abierto y de más simpático; sus maneras un no sé que de más suelto y más cordial. Parecía que como si habiéndose roto el invólucro que las tenía aprisionadas, todas las facultades de la inteligencia y del alma hubieran alcanzado un desenvolvimiento inesperado. Acostumbrado al conti-